

BEGOÑA, Ana de, *Arquitectura doméstica en la Llanada de Alava. Siglos XVI, XVII y XVIII*, Edición de la Diputación Foral de Alava, Vitoria, 1986, 612 p., 296 ilustraciones.

De aquel esquema magistral del arquitecto Lampérez dedicado a la arquitectura civil española, en la variante de la vivienda, ha brotado sin duda este gran libro, que se refiere a una zona histórica y geográfica tan definida como es la Llanada de Alava. Se han renovado en gran manera las técnicas de investigación y sobre todo se ha llegado a una concepción "global" en el planteamiento del tema. Es lo que sucede en esta obra, pues si la delimitación del territorio es la primera medida que ha de tomarse, en cuanto al contenido no hay duda de que no puede haber excepción: la totalidad de la vivienda, la culta y la popular. Ventaja ha sido que esa arquitectura popular esté construida con sólidos materiales, sin duda porque la capa social que la promovió no era de extracción humilde, sino formada por labriegos acomodados. Desciende como es natural la casa de los señores, en los diversos grados que en esta obra se contemplan, pero de cualquier manera se trataba de una nobleza de alcurnia aplicada al campo. Asombra la cantidad de viviendas timbradas por sus escudos, muchos de ellos ostentosos.

El estudio se efectúa a partir del poblado, distinguiéndose entre núcleos rurales y urbanos. La definición de las peculiaridades urbanísticas abre marcha en el estudio de la vivienda. Se ha acudido para ello a una tipología urbanística, que tiene su justificación en la topografía, la función y la historia. Naturalmente el conocimiento urbanístico es más fácil de obtener en los tres núcleos urbanos considerados, Alegría, Salvatierra y Vitoria. Situados en puntos fundamentales, su regularidad apunta a motivaciones defensivas.

Luego se aborda la tipología de la vivienda, en los dos grandes grupos, rural y urbano. Sigue el estudio pormenorizado de la vivienda. A la fachada principal se concede el mayor interés en los casos de vivienda distinguida, ya que el propietario se considera obligado a exhibir su grandeza en el exterior. No hay duda de que pese a la sobriedad algunos ejemplares son de singular belleza. Ha sido un acierto conceder toda su importancia al problema de la cubierta, pues aparte del aprovechamiento interior que determina, afecta a la definición de la fachada. De ahí que se hable de fachada bajo cubierta a dos aguas y bajo cubierta de faldones. Las portadas ofrecen variadísimo repertorio, por su forma, colocación y número. El blasón suele reforzar el énfasis de la portada. El juego de hueco-macizo suele saldarse con predominio del último. La abundancia de la piedra ha hecho que generalmente los huecos se presenten con el más sólido pergeño, ya que se forman de bloques enterizos, lo que da al exterior una gracia especial, en la combinación de materiales, texturas y colores.

Naturalmente la vivienda acusa las peculiaridades de la climatología. La ausencia de patios abiertos es una circunstancia habitual, de que sólo se exceptúan los edificios de porte, que por presunción han de acusarlo. La amplitud del zaguán se explica porque asimismo constituye habitación. El interior ha sufrido las naturales mudanzas producidas por el tiempo, pero pese a todo subsisten ciertos elementos, como las chimeneas, que obedecen al tipo rural en forma de hogar y al de pared, en las viviendas nobiliarias.

El catálogo constituye el núcleo fundamental del trabajo. Se agrupan las viviendas dentro de los poblados, de suerte que las características locales quedan debidamente resaltadas. Naturalmente el elenco más distinguido corresponde a los núcleos urbanos, pero con todo hay viviendas de la mayor prosapia en localidades rurales. El palacio de la familia Zurbano es un ejemplo distinguido por sus nobles proporciones. Como la autora señala, los palacios nobles de la Llanada presentan su relación con modelos castellanos. Ejemplar culminante es el palacio de los Escoriaza-Esquibel, en Vitoria, que se ha relacionado con obras de Diego de Siloé y del plateresco salmantino, a lo que creemos oportuno añadir que ofrece vínculos muy claros con la arquitectura de Luis de Vega. De comprobarse esta suposición que hacemos, el palacio tendría una resonancia excepcional en la zona, por el contacto con la arquitectura real.

La edición está pulcramente hecha y resulta densa y manejable a la vez.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

RAMALLO ASENSIO, Germán, *Escultura barroca en Asturias*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1985, 629 p., 452 fotograbados.

Esta obra aporta el conocimiento global y pormenorizado de la escultura en Asturias durante el siglo xvii y buena parte del xviii. El autor realiza su tarea a sabiendas de la abundancia de obras, y de que se presenta el problema de distinguir entre cantidad y calidad. Posiblemente sea una de las regiones de España de mayor densidad de escultura barroca, pese a las destrucciones, sobre todo durante la guerra civil. Ello testimonia una mejora social y política. Asturias ha roto su aislamiento, la nobleza busca el núcleo urbano, se desarrolla en Oviedo la Universidad y los monasterios se hallan en auge. Pero será la catedral el núcleo del mecenazgo.

Observa dos comportamientos. Por un lado se busca la colaboración de artistas y centros de fuera. Llegan trazas para retablos, hace acto de presencia en Oviedo el vallisoletano Alonso de Rozas. Pero al propio tiempo hay arranques para hacer una escuela asturiana. Fue gran logro para la región el saber desarrollar esta escultura careciendo de precedentes en el siglo xvi.

Es de agradecer que Ramallo haya abordado este estudio, que ha representado el sacrificio de recorrer todos los rincones del país y de buscar los documentos acreditativos. Ha superado el complejo despreciativo, que desde la época neoclásica persigue al barroquismo. Le debemos gratitud con esta obra, que va cerrando el mapa de la escultura barroca en España.

Notable parte desempeña el retablo. Se nos ofrece la tipología, en la que sobresale la modalidad de retablo-rosario, con representante tan peculiar como el de la colegiata de Pravia. Se muestran dibujos que marcan claramente la evolución tipológica. Figuran no sólo los alzados, sino las plantas y detalles ornamentales.

Aunque el centro de la escultura sea Oviedo, se constituyen talleres en Cangas de Narcea, Avilés, Gijón y otros, ofreciéndose mapas que indican la distribución de los núcleos.

Fernández de la Vega es la figura que impulsa el movimiento. Se hace una biografía completa, con su correspondiente estudio y catálogo, de que ya teníamos noticia por otra publicación del autor. No hay duda alguna de que una escuela no pueda alcanzar madurez si no cuenta con un maestro notable. Este fue el papel asumido por Fernández de la Vega. Sus premisas parten de Gregorio Fernández, al lado del cual tuvo que formarse. Pero posteriormente logró dar a sus esculturas una configuración estilística personal, con ritmos que se someten a fórmulas inconfundibles. En el núcleo de Cangas de Narcea se ocupa del principal maestro: Pedro Sánchez de Agrela, que fue colaborador de Fernández de la Vega. Practicó la escultura y el ensamblaje de los retablos.

El paso al barroquismo lo significa la aportación de Alonso de Rozas, que acude en 1680 a Oviedo para hacer la escultura del retablo mayor del monasterio de San Pelayo. Su estancia fue fugaz, pero en Oviedo quedó asentado un colaborador suyo, Antonio Borja, que formaría un notable taller en Oviedo. Lástima que hayan sido destruidos los pasos procesionales que hiciera para Gijón, pues este género apenas ha dejado otras muestras en Asturias. Su producción es abundante, abonada por una alta calidad. Es el segundo maestro en esta escuela.

El retablo churrigueresco, con columnas salomónicas, domina en el panorama de la primera mitad del siglo xviii. En este período se hacen varios retablos para la catedral ovetense. Especial significación se concedieron a los dos grandes retablos colaterales del crucero. El cabildo pidió una traza a Madrid. Es hecho habitual, pues dicha ciudad fue el principal centro de elaboración de trazas para los retablos. También para la escultura se contó con el madrileño Juan de Villanueva. Durante el siglo xviii Madrid fue el principal centro de irradiación